



XIV

El desfiladero del Hacha

---



Los cartagineses apenas habían vuelto á sus casas cuando las nubes se espesaron; los que levantaban la cabeza hacia el coloso, sintieron gruesas gotas; empezaba la lluvia.

Llovió toda noche á torrentes; retumbaba el trueno; era la voz de Moloch; había vencido á Tanit y ahora, fecundada, abría en lo alto del cielo su vasto seno. A veces se la veía tendida sobre cogines de nubes, luego las tinieblas la envolvían de nuevo, como si harto cansada aún, quisiera dormir de nuevo.

Los cartagineses, que creen que el agua es hija de la luna, gritaban para facilitar su trabajo.

La lluvia azotaba las terrazas y formaba lagos en los patios, cascadas en la escalera, torbellinos en las encrucijadas; corría en pesadas masas tías; de los ángulos de todos los edificios, saltaban chorros espumosos, y los techos de los templos, lavados, brillaban á la luz de los relámpagos. Por mil caminos distintos verdaderos torrentes bajaban del Acrópolis; las casas se derrumbaban de improviso; y muebles, cascote y astillas pasaban arrastrados por los arroyos que corrían impetuosamente sobre las losas.

Se habían puesto al aire libre ánforas, calabazas, telas, pero las antorchas se apagaban; y los cartagineses, permanecían para beber con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Otros junto á las charcas fangosas se tendían en el suelo, hundían en el agua los brazos y bebían tanto, que arrojaban luego como los búfalos. La atmósfera refrescó, y una esperanza inmensa llenó todos los corazones. Olvidóse lo jurado. La patria renacía una vez más.

Los bárbaros habían soportado la tempestad en sus tiendas mal cerradas, y al día siguiente, transidos de frío, chapuzaban entre el barro, buscando sus armas estropeadas ó perdidas.

Hamilcar por su propia cuenta fué á ver á Hannon y en virtud de los plenos poderes que tenía le confió el mando. El viejo suffeta, vaciló entre su rencor y su sed de poder. Aceptó.

Sin perder momento, Hamilcar hizo salir una galera con dos catapultas, una á proa y otra á popa. La puso en el golfo delante de la barrera establecida por los bárbaros, después, embarcó en sus buques disponibles las tropas más robustas. Parecía huir; y poniendo proa al norte, desapareció entre la bruma.

Pero tres días después (en el punto en que iba á reanudarse el ataque) llegaron en tumulto gentes de la costa líbica. Barca había penetrado en el país.

En todas partes se había racionado y se extendía por la comarca.

Entonces los bárbaros se indignaron como si les hubiese traicionado. Los que más aburridos estaban del sitio, en especial los galos, no vacilaron en separarse de los menos para dirigirse á su encuentro. Spendio quería reconstruir la helepolis; Matho se había trazado una línea ideal desde su tienda hasta Megara, se había jurado seguirla, y ninguno de sus hombres se movió. Los demás al mando de Otharita, se marcharon, abandonando la parte occidental de las fortificaciones. La incuria de los sitiadores era tal, que no se pensó en substituirle.

Narr'Havas les espiaba de lejos, desde las montañas. Por la noche hizo avanzar á los suyos por el lado exterior de la Laguna, á orillas del mar, y entró en Cartago.

Presentóse como un libertador, con seis mil hombres que llevaban harina bajo sus mantos, y con cuarenta elefantes cargados de forrages y de carne seca. Se les rodeó solícitamente, y se les dió nombres. La llegada de semejante refuerzo regocijó á los cartagineses menos que la contemplación de estos fuertes animales consagrados al Baal; constituían una prenda de su ternura y probaban que al fin había resuelto para defenderles intervenir en la guerra.

Narr'Havas recibió el homenaje de los Ancianos. En seguida dirigióse al palacio de Salammbó.

No la había visto desde el día en que dentro de la tienda de Hamilcar entre los cinco ejércitos, había sentido su manecita fría y suave posarse entre las suyas; después de los esponsales la joven había regresado á Cartago. Su amor dominado por otras ambiciones aparecía de nuevo, y ahora esperaba gozar de sus derechos, casarse, hacerla suya.

Salammbó no comprendía de qué manera aquel joven podía convertirse en su dueño. Por más que diariamente pedía á Tanit la muerte de Matho, su horror por el libio disminuía. Sentía confusamente que el odio con que él la

había perseguido era casi religioso —y habría querido ver en Narr'Havas como un reflejo de la violencia que aún la deslumbraba.

Deseaba conocerle mejor, y sin embargo su presencia la habría turbado. Le hizo saber que no debía recibirle.

Por otra parte, Hamilcar había prohibido á sus sirvientes que abrieran las puertas de su casa al rey de los númidas; difiriendo hasta el término de la guerra la recompensa; esperaba conservar su adhesión.

En cambio se mostró altivo con los ciento. Les hizo variar sus disposiciones. Exigió prerrogativas para sus soldados y les colocó en puestos importantes; así los bárbaros abrieron los ojos desmesuradamente al ver á los númidas en las torres.

Mayor fué la sorpresa de los cartagineses al ver llegar en viejo trirreme púnico á cuatrocientos de los suyos, hechos prisioneros durante la guerra de Sicilia. En efecto, Hamilcar había devuelto secretamente á los Quiriles las tripulaciones de los bajeles latinos capturados antes de la defección de las ciudades tirias, y Roma, por deferencia, le enviaba ahora sus cautivos. También los romanos habían rechazado las proposiciones de los mercenarios en Cerdeña, y ni aún habían querido reconocer como súbditos á los habitantes de Utica.

Hieron, que gobernaba en Siracusa, imitó el ejemplo. Para conservar sus Estados necesitaba el equilibrio entre los dos pueblos; interesábale pues la suerte de los cananeos y se declaró su amigo enviándoles mil doscientos buques con cincuenta y tres mil rebel de trigo puro.

Una razón de más peso les obligaba á socorrer á Cartago, conocían que en el caso de triunfar los mercenarios, desde el soldado hasta el galopin de cocina, todos se sublevarían y que ningún gobierno, ninguna casa podría resistirles.

Entre tanto Hamilcar batía la campiña oriental. Recha-

zó á los galos y todos los bárbaros se hallaron sitiados á su vez.

Empezó entonces á hostigarles. Se acercaba á ellos, huía y repitiendo continuamente esta maniobra poco á poco les hizo salir de sus campamentos.

Spendio se vió obligado á seguirles, y por último Matho cedió á su vez.

No pasó de Túnez. Se encerró en sus muros. Esta obstinación revelaba gran prudencia, porque luego se vió que Narr'Havas salía por la puerta de Khamon con sus elefantes y sus soldados; Hamilcar le había llamado. Pero los demás bárbaros vagaban por las provincias persiguiendo al suffeta.

Este contaba con tres mil galos procedentes de Elypea. Recibió además caballos de la Cirenaica, armaduras del Brucio, y reanudó los combates.

Jamás se había mostrado tan impetuoso ni más fértil en recursos, durante cinco lunas les arrastró en pos de sí. Tenía su plan y quería conducirles á un sitio determinado.

Ante todo los bárbaros formando pequeños destacamentos habían tratado de envolverle; siempre conseguía escapar. Su ejército constaba de unos cuarenta mil hombres y muchas veces se alegraron al ver retirarse á los cartagineses.

Les molestaban infinito los ginetes de Narr'Havas. A menudo en las horas de mayor fatiga cuando avanzaban

por la planicie dormitando bajo el peso de sus armas, espesa nube de polvo elevábase en el horizonte; oíase el galopar de los corceles y de semejante torbellino, y de la luz de las pupilas encendidas brotaba una lluvia de dardos. Los nómadas, cubiertos de blancos ropajes, lanzaban temerosos gritos, levantaban sus brazos apretando entre sus rodillas á sus caballos encabritados, volvían bruscamente grupas y desaparecían con rapidez. Siempre tenían á corta distancia sobre sus dromedarios, acopio de javalinas, y volvían más enfurecidos, aullaban como lobos, huían como buitres. Los bárbaros colocados en las fi- las extremas caían uno á uno, y así continuaba la escaramuza hasta la noche, en que trataba de ganar las montañas.

Por más que estas ofrecían peligro para los elefantes, Hamilcar siguió avanzando. Siguió la larga cordillera que se extiende desde el promontorio Hermes hasta la cumbre de Zaguan. Los bárbaros creyeron que por este medio les ocultaba la insuficiencia de su hueste. Pero la incertidumbre continua en que les mantenía les exasperó más que una derrota. Sin descorazonarse marcharon tras él.

Por último una tarde entre la montaña de Plata y la montaña de Plomo en medio de enormes rocas á la entrada de un desfiladero, sorprendieron á un cuerpo de velites; ciertamente el ejército entero estaba delante, porque oyeron un ruido de pasos y de clarines, al punto los cartagineses huyeron por la cañada. Esta conducía á una llanura que tenía la forma del hierro de un hacha y estaba rodeada de altas rocas. Para dar alcance á los velites, los bárbaros avanzaron allá en el fondo, entre los bueyes que galopaban; otros cartagineses corrian en tumulto. Se vió á un hombre cubierto por rojo manto, era el suffeta; unos á otros se lo dijeron, y redobló su gozo y su furia. Muchos por pereza ó prudencia, habíanse quedado en la entrada del desfiladero. Pero la caballería, que saliera de un bosque, á lanzadas y sablazos les empujó al sitio donde los

otros estaban y bien pronto los bárbaros todos se hallaron en las hondonadas, en llano.

Después la enorme hueste que se había agitado un punto, detúvose; no descubrieron salida alguna. Se llamó á los de las vanguardias excitándoles á que siguieran adelante; se estrujaban contra las montañas y de lejos apostrofaron á sus compañeros que no sabían dar con el camino.

Y apenas habían bajado los bárbaros, sus adversarios ocultos por las rocas, sirviéndose de vigas las habían levantado, y como la pendiente era rápida, aquellos bloques rodando confundidos habían cerrado por completo el estrecho orificio.

En el otro extremo de la llanura aparecía un largo corredor, agrietado, y que conducía á una quebrada por la que se subía á la meseta superior donde estaba el ejército púnico. En dicho paso se habían colocado de antemano escalas, y protegidos por las sinuosidades de las resquebrajaduras los velites antes de ser alcanzados pudieron cogerlas y volver á subir. Muchos de ellos se hundieron en la quebrada y fué necesario tenderles cables porque el terreno en tal sitio era de arena movediza y tan inclinado, que ni aún de rodillas era posible subir. En el mismo instante llegaron los bárbaros. Pero un rastrillo de cincuenta codos de alto y construído á la exacta medida del intervalo se hundió de súbito ante ellos, como un baluarte que hubiese caído del cielo.

Por consiguiente habían prosperado los planes del suffeta. Ninguno de los mercenarios conocía la montaña y marchando á la cabeza de las columnas los unos habían arrastrado á los otros. Las rocas, un poco estrechas en su base, se habían desmoronado fácilmente, y en tanto que todos corrian, su ejército á corta distancia había prorrumpido en gritos de desesperacion. Cierto que Hamilcar po-

día perder sus velites, la mitad de ellos pereció tan sólo. El hubiera sacrificado un número veinte veces mayor para el éxito de tal empresa.

Hasta la mañana siguiente los bárbaros estrecharon sus filas de un extremo á otro del desfiladero. Tentaban con sus manos la montaña tratando de descubrir una salida.

Al fin amaneció y por todas partes vieron á su alrededor una altísima muralla blanca, cortada á pico. ¡Y ni un solo medio de salvación! Las dos salidas naturales de aquel callejón cerrado estaban obstruidas, la una por el rastrillo y la otra por el montón de rocas.

Entonces todos se miraron sin hablar. Y todos sintieron un frío glacial en los riñones, y un grave peso en los párpados.

Se dirigieron resueltamente contra las rocas. Pero las mas bajas, oprimidas por el peso de las demás, permanecieron inmóviles. Trataron de encaramarse para llegar á la cima; la forma redonda de los pesados cuerpos hacía imposible la empresa. Quisieron hender el terreno por los dos extremos de la cañada; sus instrumentos se rompieron. Con los mástiles de sus tiendas encendieron una hoguera; el fuego no podía quemar la montaña.

Volvieron al rastrillo; estaba guarnecido de largos clavos, gruesos como estacas, agudos como las puas de un puerco espin. Sin embargo, su furor era tal que se precipitaron contra el obstáculo. Los primeros penetraron en él hasta la cintura, los demás saltaron por cima de sus camaradas, y todos cayeron dejando en aquellas horribles ramas girones humanos y cabelleras ensangrentadas.

Cuando se hubo disipado su abatimiento examinaron los pocos viveres que les quedaban. Los mercenarios que habían perdido sus bagajes, tenían raciones para dos días, y los demás se encontraban apurados porque esperaban un convoy prometido por los pueblos del sur.

No obstante, vagaban por allí toros, aquellos que los

cartagineses habían abandonado en el desfiladero á fin de atraer á los bárbaros. Los mataron á lanzadas, los comieron, y así que los estómagos estuvieron repletos, los pensamientos fueron menos lúgubres.

Al día siguiente degollaron á todos sus mulos, próximamente unos cuarenta, y luego rayeron las pieles, cocieron las entrañas y no desesperaron todavía, porque el ejército de Túnez, avisado sin duda, iba á llegar.

Pero á la noche del quinto día, aumentó el hambre, mascaron los tahalíes de sus espadas y las esponjillas ocultas en el fondo de sus cascos.

Cuarenta mil hombres estaban amontonados en una especie de hipódromo que formaba alrededor de ellos la montaña. Algunos permanecían ante el rastrillo ó al pie de las rocas; los demás confusamente se agrupaban en la llanura. Los más fuertes evitaban hablarse y los tímidos buscaban á los valientes, que sin embargo no podían salvarles.

Por vía de precaución se habían enterrado precipitadamente los cadáveres de los vélites; ya no se distinguía el sitio de las huesas.

Todos los bárbaros languidecían postrados en tierra. Entre sus filas pasaba un veterano, y ellos prorrumpían en maldiciones contra los cartagineses, contra Hamilcar y contra Matho, si bien resultaba inocente del desastre; pero les parecía que sus dolores hubieran sido más tolerables si él los hubiese compartido. Y luego empezaban á gemir; algunos lloraban por lo bajo, como niños.

Se acercaban á los capitanes y les pedían algo que mitigase sus padecimientos. Los interpelados no respondían, ó bien, arrebatados de furor, cogían una piedra y se la echaban al rostro.

Muchos guardaban cuidadosamente, en un agujero del suelo, parte de su alimento, un puñado de dátiles, un poco de harina; y lo comían durante la noche, ocultando la cabeza bajo su manto. Los que tenían espadas las muestra-

ban desnudas en su mano, los más desconfiados se mantenían en pie, apoyados en la montaña.

Acusaban á sus jefes y les amenazaban. Anthasito mostraba miedo. Con esa obstinación del bárbaro al que nada amedrenta, veinte veces al día avanzaba hasta el fondo, hacia las rocas, esperando hallarlas separadas, y con sus hombros formidables cubiertos de pieles recordaba á sus compañeros un oso que, á la primavera sale de su caverna, para ver si se ha fundido la nieve.

Spendio, rodeado de griegos, se escondía en una de las grietas; como sentía terror, hizo circular el rumor de su muerte.

Habían enflaquecido de un modo espantoso; su piel estaba jaspeada de azul. En la noche del noveno día tres iberos murieron.

Asustados los demás, huyeron de aquel sitio. Se les desnudó y sus blancos cuerpos permanecieron expuestos al sol, en la arena.

Entonces, algunos garamantos empezaron á rondar en torno de los cadáveres. Eran hombres acostumbrados á la soledad y que no respetaban á dios alguno. Al fin el más viejo hizo una seña é inclinándose sobre los cadáveres cortaron trozos con sus cuchillos, y luego, puestos en cuclillas, comieron. Los demás les miraban de lejos; se oyeron gritos de horror; con todo, muchos, en el fondo de su corazón, envidiaban aquel valor.

A media noche, algunos de los bárbaros se acercaron al grupo y disimulando su deseo, pedían un bocadito, para probarlo nada más. Otros más atrevidos vinieron, su número aumentó; pronto formaron enjambre. Pero casi todos al sentir en sus labios el contacto de la carne fría dejáronla caer de su mano; otros, por el contrario, la devoraban con avidez.

Con objeto de cobrar ánimo, se excitaban mutuamente. Algunos que habían hecho ascos al banquete de los garamantos, no acertaban á separarse de éstos. Cocían los tro-

zos de carne al fuego, llevándolos en la punta de sus espadas, los salaban con polvo y se disputaban los mejores. Cuando no quedó nada de los tres cadáveres, los ojos vagaron por la llanura en busca de nuevo alimento.

Pero, ¿no quedaban los cartagineses, veinte cautivos del último combate, y en los que nadie hasta entonces había pensado? Pronto desaparecieron, una venganza lógica, después de todo. Y luego como era preciso vivir y como ya se había desarrollado el gusto de este alimento, como se morían de hambre, se degolló á todos los aguadores, los palafreneros, los criados. Diariamente se mataba. Algunos comían mucho, recobraban sus fuerzas y ya no aparecían tristes.

A no tardar faltó este recurso. Entonces el deseo les hizo fijarse en los heridos y los enfermos. Ya que no podían curarse, más valía ahorrarles sufrimientos; y tan pronto como un soldado vacilaba todos gritaban que estaba herido y que debía servir á los demás de alimento. Para acelerar su muerte empleaban astucias, se les robaba el último resto de su inmunda ración; con afectado descuido se les pisoteaba; los moribundos para que se les creyera vigorosos, probaban á levantar los brazos á erguirse y á reír. Hombres desvanecidos se despertaban al contacto de una hoja mellada que les aserraba un miembro; y mataban también impelidos por el furor, sin necesidad, con el fin de satisfacer sus instintos.

Una niebla densa y tibia, envolvió al ejército el décimo cuarto día. Este cambio de temperatura produjo numerosas muertes, y la corrupción se desarrollaba sensiblemente. La escarcha que caía sobre los cadáveres los ablandó y pronto convirtiéndose la llanura en vasto pudridero. Vapores blanquecinos flotaban sobre ella; escocían en las narices; penetraban la piel, turbaban la vista y los bárbaros creían entrever en los hálitos exhalados, las almas de sus compañeros. Ya no se resignaban con su suerte: preferían morir.

Dos días después, el tiempo mejoró y el hambre moles-

tó de nuevo. Les parecía á veces que les arrancaban el estómago con tenazas. Entonces se revolcaban acometidos por convulsiones, comían tierra á puñados, se mordían los brazos y prorrumpan en risas frenéticas.

La sed les atormentaba aun más, porque no tenían ni una gota de agua en los odres, completamente agotados desde el noveno día. Para engañarse, se aplicaban á la lengua las escamas metálicas de los cinturones, los pomos de marfil, las hojas de las espadas. Otros chupaban un guijarro. Bebían orines enfriados en los cascos de bronce.

¡Y todavía aguardaban el ejército de Túnez! Lo mucho que tardaba era indicio de su llegada próxima. Por otra parte, Matho, el valiente de los valientes, no podía abandonarles. «¡Será mañana!» se decían, y ese mañana, nunca llegaba.

Al principio habían rezado, hicieron votos, practicaron toda clase de encantos. Y ahora no sentían por sus deidades más que odio, y deseando vengarse trataban de no creer en ellas.

Los hombres de carácter violento perecieron los primeros; los africanos resistieron mejor que los galos. Zarxas, en medio de los baleares, permanecía tendido en el suelo, esparcidos los cabellos, por cima de los brazos inertes. Spendio encontró una planta de anchas hojas llenas de jugo, y habiéndola declarado venenosa á fin de apartar á sus camaradas, apagaba su sed con ella.

Estaban demasiado débiles para derribar de una pedrada á los cuervos que pasaban. Alguna vez, cuando un gífacto, posado en un cadáver, le sajava desde hacía algún tiempo, un hombre que traía entre los dientes una javalina se arrastraba hacia él apoyándose en una mano, y después de apuntar bien lanzaba su arma. La bestia de blanco plumaje, turbada por el ruido, se interrumpía, mirando á su alrededor tranquilamente, como un cuervo marino en un escollo, y luego volvía á hundir en la carne su

feo pico amarillo; y el hombre desesperado caía de bruces en el polvo.

Algunos alcanzaban á descubrir camaleones, serpientes. Pero lo que les hacía vivir era su amor á la vida. Se fijaban en esta idea exclusivamente, y se aferraban á la existencia con un esfuerzo que la prolongaba.

Los más estoicos y fríos permanecían juntos, sentados en corro, en medio de la llanura, aquí y allá, entre los muertos; y envueltos en sus mantos, se abandonaban silenciosamente á su tristeza.

Aquellos que habían nacido en las ciudades se acordaban de las calles resonantes, de las tabernas, de los teatros, de los baños, y las barberías donde se cuentan historias. Otros volvían á ver campiñas al declinar la tarde, cuando los trigos amarillos ondulan y los grandes bueyes suben las colinas con la reja del arado al cuello. Los viajeros soñaban con cisternas, los cazadores con sus bosques, los veteranos con batallas, y en la modorra que les dominaba, sus pensamientos fulguraban con la viveza y la claridad de un ensueño. Se alucinaban súbitamente; buscaban en la montaña una puerta para huir. Otros creyendo navegar con una tempestad, mandaban la maniobra de un navío, ó bien retrocedían asustados, al percibir batallones púnicos. Los había que se figuraban asistir á un festín, y cantaban.

Muchos de ellos, por una extraña manía, repetían la misma palabra ó hacían continuamente el mismo ademán. Y luego cuando levantaban la cabeza y se miraban unos á otros ahogábanles sus sollozos al ver los horribles semblantes marchitos. Algunos ya no padecían y para matar el tiempo contaban los peligros á que habían escapado.

Su muerte era ciertísima, inminente. En cuanto á pedir misericordia al vencedor, ¿cómo hacerlo? Ni aun sabían donde estaba Hamilcar.

El viento soplabá del lado de la quebrada. Hacía volar

la arena por cima del rastrillo en cascadas, perpetuamente; y los mantos y las cabelleras de los bárbaros se cubrían de polvo como si la tierra alzándose hasta ellos quisiera sepultarlos.

Nada se movía; la eterna montaña á cada instante les parecía más inaccesible.

Algunas veces bandadas de aves cruzaban con las alas tendidas el espacio azul, en la libertad del aire. Los bárbaros cerraban los ojos para no verlas.

Se notaba de pronto como un zumbido en las orejas, se ennegrecían las uñas, enfriábase el pecho; se tendían de lado y se extinguían sin un suspiro.

El día décimonono habían perecido dos mil asiáticos, quinientos del archipiélago, ocho mil libios, los mercenarios más jóvenes y tribus completas, en junto veinte mil soldados, la mitad del ejército.

Antharito, á quien no quedaban más que cincuenta gallos, iba á matarse para acabar de una vez, cuando creyó ver frente á él en la cumbre de la montaña, una forma humana.

Esta parecía, á causa de la elevación, un enano. No obstante, Antharito reconoció en su brazo izquierdo un escudo en figura de trébol. Gritó: «¡Un cartaginés!» Y en la llanura, ante el rastrillo y bajo las rocas, inmediatamente se levantaron todos. El soldado se hallaba al borde del precipicio; desde abajo mirábanle los bárbaros.

Spendio recogió una cabeza de buey; luego con dos cinturones formó una diadema, y la puso en los cuernos al extremo de una vara, en demostración de sus intenciones pacíficas. El cartaginés desapareció. Ellos esperaron.

En fin, por la tarde, como una piedra que se desprende de la montaña, cayó de lo alto un tahalí. Era de cuero rojo y estaba cubierto de bordados con tres estrellas de diamantes, llevaba impreso en el centro el sello del Gran Consejo: un caballo, bajo una palmera. Era la contestación de Hamilcar, el salvoconducto enviado por el suffeta.

No tenían nada que temer; cualquier cambio de fortuna les permitiría ver el término de sus males. Un gozo desmedido les agitó, abrazábanse, lloraban. Spendio, Antharito y Zarxas, cuatro italvitas, un negro y dos espartanos se ofrecieron como parlamentarios. Se les admitió su ofrecimiento. Sin embargo, no sabían como partir.

Pero resonó un crujido en dirección de las rocas, y la más alta oscilando sobre su base, saltó hasta la llanura. Si por el lado de los bárbaros las rocas no podían moverse, porque era preciso subir un plano oblicuo, y, además estaban amontonadas en el paso más estrecho, bastaba en cambio empujarlas por el otro lado para hacer que se desplomasen. Los cartagineses las movieron y á la alborada avanzaban por la llanura como por las gradas de una inmensa escalera derruida.

Los bárbaros no podían aún trepar por ellas. Se les tendió escalas; todos se lanzaron al asalto. La escala de una catapulta les rechazó; sólo los Diez subieron.

Andaban entre los clinabares, y para sostenerse apoyaban su mano en la grupa de los caballos.

Ahora que su primera alegría se había disipado, empezaban á mostrarse inquietos. Las exigencias de Hamilcar resultarían crueles. Pero Spendio les tranquilizaba.

—«¡Yo hablaré!»—Y se jactaba de conocer las cosas buenas para la salvación del ejército.

Detrás de todos los matorrales hallaban centinelas que se prosternaron ante el tahalí que Spendio se había ceñido.

Al llegar al campamento púnico, la multitud se agrupó á su alrededor y oyeron como un murmullo y risas. Abrióse la puerta de una tienda.

Hamilcar estaba dentro, sentado en un escabel, junto á una mesa baja, en la que brillaba una espada desnuda. Los capitanes de pie, le rodeaban.

Al distinguir á los enviados levantó la cabeza y luego la adelantó para examinarles bien.

Mostraban las pupilas extraordinarias dilatadas y oje-



ras negras que se prolongaban hasta las orejas, sus narices azuladas se destacaban sobre las hundidas mejillas, surcadas por arrugas profundas; la piel de su cuerpo, demasiado ancha para sus músculos, desaparecía bajo un polvo de color plumizo; sus labios se pegaban á sus dientes amarillos; exhalaban un olor nauseabundo; se les podía tomar por tumbas entreabiertas, por sepulcros vivientes.

En medio de la tienda y en la estera donde los capitanes iban á sentarse veíase un plato de calabazas humeantes. Los bárbaros clavaban en él sus ojos y temblaban de pies á cabeza, á la vez que vertían lágrimas. No obstante, se contuvieron.

Hamilcar se volvió para comunicar una orden. Entonces se echaron sobre el plato, de bruces. Sus rostros se empapaban en la grasa y el ruido de su deglución se mezclaba con los sollozos de alegría mal contenidos. Mas por sorpresa que por lástima se les dejó limpiar la gamella. Y luego, cuando todos se hubieron levantado, Hamilcar con una seña ordenó al que llevaba el tahalí que hablase. Spendio tenía miedo; balbuceaba.

Hamilcar hacía girar en su dedo un grueso anillo de oro mientras escuchaba al griego. Lo dejó caer al suelo; Spendio lo recogió en seguida; ante su amo volvía á ser un esclavo humilde. Los demás se estremecieron, indignados de semejante bajeza.

Pero el griego levantó la voz, y relatando los crímenes de Hannon, enemigo de Barca, tratando de conmover á éste con la narración de su infortunio, habló largo rato de un modo rápido, insidioso y aún violento.

El sufeta replicó que aceptaba sus razones. Por lo mismo llegarían á la paz, y ahora ésta sería definitiva... pero exigió que le entregase diez mercenarios por él escogidos sin armas y sin ropajes.

No esperaban tal muestra de clemencia; Spendio contestó:

—¡Oh! ¡Diez, veinte, si los quieres, señor!

—¡No! me basta con diez,—respondió Hamilcar.

Se les dejó salir de la tienda á fin de que deliberasen. Cuando estuvieron solos, el galo protestó en nombre de los compañeros sacrificados, y Zaxas dijo á Spendio:

—¿Por qué no le has matado? ¡su espada estaba allí, á su lado!

—¿A él?—prorrumpió Spendio, como asombrado de que creyeran sus compañeros que Hamilcar no era inmortal.

Estaban tan abatidos que durante largo rato tendidos de espaldas en el suelo, permanecieron inmóviles sin saber qué partido tomar.

El griego les inducía á que cedieran; después de larga deliberación, consintieron y entraron de nuevo en la tienda.

Hamilcar puso su mano en la de los diez bárbaros sucesivamente, apretándoles el pulgar; y luego, la frotó en su vestido porque aquella piel viscosa producía al tacto una impresión ruda y blanda, un hormigueo grasiento que horripilaba. Luego les dijo:

—¿Sois jefes de los bárbaros y habéis jurado por ellos?

—¡Sí!

—¿Sin doblez, y con el propósito de cumplir vuestra promesa?

Se afirmaron que volvían á su campo para ejecutarlo:

—Pues bien,—repuso el sufeta:—con arreglo al pacto establecido entre yo, Barca, y los embajadores de los mercenarios, os elijo á vosotros y os quedaréis aquí.

Spendio cayó desmayado. Los bárbaros, como si le abandonaran, se estrecharon unos contra otros y no pronunciaron una sola palabra ni exhalaban una sola queja.

Los que les aguardaban, al ver que no volvían, se juzgaron vendidos. Inmaginaron que los parlamentarios se habían entregado al sufeta.

Esperaron dos días más, y en la mañana del tercero resolvieron marcharse.

Con auxilio de cuerdas, picas y flechas lograron escalar las rocas y dejando tras sí á los más débiles, emprendieron el camino de Túnez para reuirse con el ejército.

En lo alto del desfiladero, se extendía un prado con algunos arbustos; los bárbaros devoraron las yemas. Inmediatamente encontraron un habar y todo desapareció como si una nube de langosta hubiese pasado por allí.

Entre las ondulaciones de aquellos montículos brillaban haces de color de plata; los bárbaros, deslumbrados por el sol, percibían más abajo grandes moles negros que los soportaban. Se levantaron como si de pronto se animasen. Eran lanzas que brillaban sobre las torres que sustentaban en sus lomos unos elefantes terriblemente armados.

Además del venablo de su pretal, las puntas de sus colmillos, las láminas de bronce que cubrían sus costados y los puñales de sus rodilleras, tenían en el extremo de sus trompas un brazalete de cuero por el que pasaba el mango de un largo cuchillo. Habían salido á una vez todos de los extremos de la planicie y avanzaban por todos lados.

Indecible terror oprimió á los bárbaros, que ni siquiera trataron de salvarse por la fuga.

Los elefantes atravesaron aquella masa de hombres y los espolones de su pretal la dividían, los puñales de sus colmillos la removían como rejas de arado; cortaban, rajaban, partían con las hoces de sus trompas; las torres, llenas de faláricas, semejaban volcanes móviles. Los terribles animales al cruzar el llano, trazaban nuevos surcos.

El más furioso lo conducía un numido coronado por una diadema de plumas. Lanzaba jabalinas con asombrosa rapidez, lanzando á intervalos un largo silbido agudo; las enormes bestias dóciles como perros, persistiendo en la matanza, volvían sus ojos hacia él.

Después de cumplir la matanza de un modo metódico y tremendo Narr'Havas calmó á los elefantes y les hizo retroceder.

La llanura recobró su inmovilidad. Anochecía. Hamilcar se deleitó ante el espectáculo de su venganza; pero de pronto se estremeció.

Veía, y todos vieron, á seiscientos pasos de allí á la izquierda, en la cima de un otero, más bárbaros... En efecto, cuatrocientos de los más vigorosos, mercenarios etruscos, libios y espartanos, desde el principio, habían subido á un montículo y en aquel lugar se habían mantenido indecisos. Después de la matanza de sus compañeros, resolvieron atravesar el campamento cartaginés, y bajaban ya en destacamentos apretados, de un modo maravilloso y formidable.

Inmediatamente se les envió un heraldo. El sufeta necesitaba soldados, y admirado de su bravura, les recibía sin condiciones. Y el emisario de Cartago añadió que podían acercarse á un sitio donde encontrarían víveres.

Los bárbaros acudieron allí y pasaron la noche comiendo. Entonces los cartagineses empezaron á murmurar de la parcialidad del sufeta para los mercenarios.

¿Cedía á los impulsos de un odio insaciable, ó bien era aquel un refinamiento de perfidia? Al día siguiente vino él mismo sin espada y con la cabeza descubierta, acompañado de algunos clinabaras y les declaró que, como tenía que alimentar á mucha gente, no podía tomarles á su servicio. No obstante faltábanle hombres, y no sabía por qué medio escojer á los buenos, y así disponía que combatiesen entre sí, quedando admitidos los vencedores en su guardia particular. Era un género de muerte como cual-